

JOAN SOLÉ



LOS MITOS GRIEGOS Y NOSOTROS

Viaje a los cimientos de la civilización occidental



Los mitos griegos y nosotros

© Joan Solé, 2022

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2022

Shackleton
— b o o k s —

   @Shackletonbooks
shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Pau Taverna

Diseño y maquetación: Kira Riera

Selección de imágenes: Joan Solé

Los créditos relativos a las imágenes se indican al final de cada pie de foto, a menos que se trate de fotografías de dominio público.

ISBN: 978-84-1361-134-1

Depósito legal: B 617-2022

Impreso por EGEDSA (España).

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

SUMARIO

Presentación	7
Árboles genealógicos y mapa de la Hélade	39
1. PROMETEO Y PANDORA Fortalezas y desdichas de la humanidad	45
2. PERSEO Y LA MEDUSA Inmolación de la bestia	75
3. JASÓN Y LOS ARGONAUTAS Viaje a los confines del mundo	101
4. MEDEA El odio de la hechicera	117
5. ORFEO Y EURÍDICE Descenso al Inframundo	137
6. EL MINOTAURO La monstruosidad oculta	163
7. EDIPO El castigo del conocimiento	189
8. ANTÍGONA Desobediencia a la tiranía	217
9. IFIGENIA El sacrificio de la inocencia	235
10. ULISES En el mar laberíntico	253
Bibliografía fundamental	301



La Esfinge, híbrido de mujer, león y águila que planteaba enigmas a los caminantes en las afueras de Tebas.

PRESENTACIÓN

«Esa era dorada de verdad y belleza que fue Grecia.»

FRIEDRICH HÖLDERLIN

«¿Por qué un puñado de mitos griegos, entre ellos el de Antígona, reaparece en el arte y el pensamiento del siglo XX de una manera casi obsesiva? ¿Por qué Edipo, Prometeo, Orestes y Narciso no quedan relegados por fin a la arqueología?»

GEORGE STEINER

Uno de los rasgos más característicos de lo que hemos dado en llamar «cultura occidental» es la asombrosa persistencia de un puñado de mitos griegos durante cerca de treinta siglos como matrices de inspiración. Prometeo, Antígona, Edipo, Odiseo/ Ulises, Ifigenia, Medea, Teseo, los Argonautas y tantos otros expresan ideas y emociones acerca de las cuestiones más fundamentales de la existencia humana que siguen conmoviendo a los espíritus reflexivos. No hay ningún otro conjunto de mitos que haya resistido de tal manera el paso de los siglos. Cuando nos acercamos a la mitología germánica, a la céltica o a la egipcia lo hacemos movidos por la curiosidad, el interés, el afán antropológico de conocer otras culturas, y podemos apreciar su hermosa poesía, pero difícilmente nos sentiremos interpelados por ellas, conmocionados por la revelación de

estratos profundos del ser. Los mitos griegos sí producen toda esta emoción.

El Titán Prometeo, que entrega el fuego divino a la más desvalida de las especies y la capacita para llevar a cabo un progreso científico y tecnológico que dejará muy atrás su evolución moral y espiritual, sintetiza buena parte de la marcha europea desde el Renacimiento. Antígona, que se niega a acatar la orden tiránica de dejar insepulto el cuerpo de su hermano, abandonado a la rapiña de perros y aves, es el espíritu de rebeldía frente a las imposiciones de los autócratas, manifestado en la Revolución Francesa y la Americana: innumerables movimientos de resistencia frente a la opresión han invocado después a Antígona por su integridad y entereza como sustento moral. Freud, fundador del psicoanálisis, percibió en la figura de Edipo —que por designio del Destino mató a su padre y engendró hijos con su madre— un haz de pulsiones sexuales subconscientes e inconfesables que hizo añicos la concepción del hombre como ser racional; pasada hoy la fase más intensa del entusiasmo por el psicoanálisis —«la triste mitología de nuestro tiempo», la llamó Borges en su momento—, seguimos admirando, en el hallazgo de Freud propiciado por Edipo, la enorme ampliación del concepto sobre nuestras individualidades particulares, la aceptación —tal vez dolorosa— de que la dimensión racional y consciente es una ínfima parte del conjunto de la personalidad; más allá de discutibles dramas pulsionales, Edipo ha quedado como advertencia de los peligros de perseverar en la tarea de conocer, del inconformismo que lleva a rechazar las estabilizadoras convenciones sociales para perseguir un saber auténtico y profundo: por eso Schopenhauer, mucho antes que Freud —y

sin duda inspirándolo— escribió: «Lo que define al filósofo es el valor de no guardarse ninguna pregunta en el corazón. Debe parecerse al Edipo de Sófocles, quien indagó sin cesar para descubrir su terrible destino, aunque intuía que las respuestas que obtuviera tenían que precipitarlo a lo más horrible». El Minotauro, el ser híbrido con cuerpo de hombre y cabeza de toro, recorre solitario y angustiado, herido e hiriente, las angostas galerías de nuestro laberinto interior, buscando en vano la salida a la luz y al Otro. Odiseo/Ulises es el afán de conocimiento, no interior, como Edipo, sino de la tangible realidad exterior: sus viajes por todo el mundo conocido a lo largo de diez años después de la guerra de Troya, antes de regresar a la isla de Ítaca, encarnan el ímpetu descubridor occidental que, desde el Renacimiento, encontró —y dominó por la fuerza— nuevos continentes; el afán conquistador se percibe en el epíteto «saqueador de ciudades» que le conferían Homero y los demás griegos, y que las culturas posteriores borraron por su exceso de crueldad y codicia. Medea es el amor incondicional y entregado, una pasión pura que solo sabe apostar a todo o nada, que quema las naves propias y las ajenas y corta todos los puentes de retirada: el deseo juvenil sincero, ingenuo y desaforado. Ifigenia es el reverso de Antígona, el acatamiento obediente de las órdenes despóticas, la sumisión del individuo a la razón de Estado que caracteriza a los regímenes autoritarios y totalitarios. Orfeo es la dimensión espiritual y de ensueño, el lirismo que se sus trae a los requerimientos pragmáticos y a las determinaciones y funciones sociales, que puede precipitar a las mayores y más crueles profundidades del sentimiento. Orestes es la lealtad filial, la dignidad que defiende el nombre de la familia frente a

ofensas exteriores o surgidas en su propio seno. El hermoso e insustancial Narciso está en todos los narcisistas que admiran y magnifican su propio reflejo; Ícaro, que vuela orgulloso con sus alas artificiales y se precipita al vacío cuando el Sol funde la cera que las sujeta, está en todos cuantos han incurrido en excesos de ambición y soberbia.

Es de la mayor importancia comprender que estos mitos, con sus significaciones asociadas –las que acabamos de mencionar y otras más, puesto que sus repercusiones se expanden y dilatan como los círculos del agua en el estanque golpeado por un guijarro, como las capas de eco en las cumbres–, no son meros símbolos o alegorías, ni imágenes o metáforas con las que revistamos plásticamente y a posteriori ideas abstractas preexistentes: es en su realidad concreta, en sus aventuras y en sus vicisitudes trágicas, donde adquieren su entidad y ejercen su poderoso efecto. Edipo no existe al margen de Layo, de Yocasta, de Tiresias, de Antígona y de la Esfinge, de las relaciones que lo atan a ellos; no podríamos concebir a Ulises sin las Sirenas, Escila y Caribdis, Circe y Calipso, los cíclopes, los lestrigones y los lotófagos. Es el relato de los mitos griegos, no su racionalización abstracta, lo que mantiene su fascinante atracción y misteriosa influencia.

Estos mitos carecen de moraleja, no transmiten lecciones como los razonables cuentos recopilados por los hermanos Grimm, son expresiones trágicas e inapelables de características y acciones humanas. Más de tres mil años después de su creación, siguen conmoviendo a seres que han aprendido a observar millares de galaxias a través de complejos aparatos astronómicos, y que saben, a diferencia de los griegos –quienes

PRESENTACIÓN



Antígona atiende al cadáver de su hermano pese a la prohibición real de ofrecerle honras fúnebres.

creían que Gea, la Madre Tierra, era el centro del Cosmos—, que nuestro pequeño planeta y su mediana estrella se encuentran en un rincón cualquiera del universo. Por mucho que se haya ampliado el ámbito de nuestro hábitat, esos mitos surgidos en un pequeño mar, el Mediterráneo —cuyas aguas turquesa, o verdes, o violáceas, o del color del vino, todavía destellan gracias a ellos—, siguen revelándonos nuestra propia interioridad compleja y profunda, oscura y desconocida como las honduras oceánicas.

La orgullosa imagen del ser humano como entidad racional y cúspide de la creación recibió varios golpes demoledores en el siglo pasado. Sigmund Freud —lo hemos visto— mostró que la conciencia no es soberana, como se creía, sino un agitado y violento campo de fuerzas opuestas, muchas de ellas subconscientes; Charles Darwin refutó las tesis creacionistas y desveló un incómodo parentesco entre las especies; Karl Marx puso de manifiesto el sustrato económico y opresivo de las culturas y sus creaciones; los campos de exterminio de Hitler y el gulag de Stalin, las torturas japonesas en China, las bombas que Estados Unidos arrojó sobre Alemania y Japón, nos han puesto frente a las brutalidades atroces que nuestra especie es capaz de cometer. Muchas ideologías optimistas se han derrumbado ante estas evidencias, y las creencias que han subsistido han tenido que efectuar ajustes y adaptaciones. Los mitos griegos no han sido desmentidos, perduran como un desafío: sabemos que siguen expresando con fuerza inigualable nuestra vida al cabo de los milenios, y no comprendemos por qué.

En el lenguaje popular, la palabra *mito* se opone a *verdad*, una antinomia que no se sustenta. En las versiones simplificadas